

Los calendarios de Puebla, siglo XVIII-1910.

Laura Herrera Serna
Biblioteca Nacional de Antropología e Historia

El presente trabajo es un primer acercamiento a la producción de guías de viajeros, calendarios y almanaques arreglados al meridiano de Puebla que se publicaron desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta 1910. Éste forma parte del proyecto que lleva el título “Catálogo de calendarios” el cual pretende sistematizar la información en índices analíticos de los ejemplares que se encuentran en la Red de Bibliotecas del INAH y en una segunda etapa se complementarán con los materiales de otros repositorios.

Recuperar la información contenida en esos calendarios y almanaques en un instrumento de consulta tiene como finalidad ofrecer a los investigadores de diversas disciplinas la posibilidad de acercarse a la cultura popular de ese periodo, en virtud de que el calendario fue la publicación “popular” por excelencia, ya fuera por su utilidad concreta, esto es la medición del tiempo y los consejos prácticos, y por su bajo precio; sin embargo, poco a poco trascendió ese objetivo y se constituyó en un vehículo de divulgación del conocimiento; en palabras de Lise Andreis, en “un medio de difusión del saber”.

No es gratuito que importantes editores de la talla de Ignacio Cumplido, José María Lara, Vicente García Torres y aún el hispano Niceto de Zamacois, además de sus importantes periódicos y publicaciones, lanzaran a la circulación sus propios calendarios, con el interés de contribuir en la construcción de la identidad nacional. Siguiendo el exitoso ejemplo de Mariano Galván, ellos dirigieron sus “libritos” a ese vasto grupo de población no habituado a la lectura, pero sí interesado en los cambios del tiempo, y, desde luego, en las fiestas civiles, sobre todo las religiosas, que dominaban la vida social de la época, con un agregado de cápsulas

informativas y culturales. En su afán, no se puede soslayar el factor ganancia para los editores, mismo que estribaba, no en el costo del ejemplar, sino en el volumen de venta que alcanzaban.

Los títulos de los calendarios arreglados al meridiano de México son los más numerosos y los que se comercializaron en diferentes plazas de la república, y quizá por ello hayan merecido la atención de algunos estudiosos¹; enseguida se encuentran los calculados para la ciudad de Puebla, que para entonces era la segunda población más importante del país², aunque todo parece indicar que su mercado no rebasaba los límites de la entidad.

No obstante la importancia que pudo haber alcanzado en Puebla esta “literatura popular”, hasta donde sé, sólo el historiador José de Mendizábal se interesó por dar cuenta de ella en su propio *Almanaque de efemérides del Estado de Puebla*, en los ejemplares correspondientes a los años 1901 a 1906 y en el de 1917 incluyó el artículo “Noticia de los calendarios y almanaques que ha habido en Puebla”³. La relación que ofrece este autor permite, por un lado, conocer varios títulos que ya no se localizan en ningún acervo, y por el otro, definir fechas de aparición y desaparición de las publicaciones, que de otra manera ignoraríamos, ya que es frecuente que las colecciones se encuentren incompletas en los

¹ Isabel Quiñónez, *Mexicanos en su tinta: calendarios*, México, INAH, 1994 (Colección Obra Diversa); “Calendarios”, en *Historias*, México, INAH, núm. 27, oct. 1991-mar. 1992, pp. 121-126. María José Esparza Liberal, “Los calendarios de Abraham López: litografía, guerra y censura”, Ponencia presentada en las “Primeras jornadas 2001”, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 19 de junio de 2001. Laura Herrera Serna, “La guerra entre México y Estados Unidos en los calendarios de mediados del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, UNAM, nueva época, vol. V., núms. 1 y 2, 2002, pp. 149-206, ils.

² Según los cálculos de Humboldt, hacia 1807 la ciudad de Puebla tenía 67,800 habitantes; para 1860 el editor Neve afirma que había 75,000, y el censo de 1895 arrojó un total de 100,493 habitantes, mientras que la población de todo estado ascendió a 984,413.

³ *Almanaque de efemérides del Estado de Puebla. Arreglado al meridiano de su capital, por José de Mendizábal*, México/Puebla, Imprenta de Nava/Oficina Tipográfica del Arzobispado, 1901-1906 y 1917.

diversos repositorios.⁴ Asimismo, siguiendo el orden cronológico de su salida, Mendizábal ofrece el sumario de contenido, el nombre del editor, la ciudad y eventualmente la imprenta donde se publicaron, el número de páginas del ejemplar y aún su presentación y formato.

El autor registró entre calendarios, almanaques y guías de forasteros un total de 50 títulos hasta la fecha en que concluyó su artículo; empero, al parecer, y hasta donde he revisado, ascienden a 56. Ante tal cantidad y variedad de materiales sólo plantearé por el momento una caracterización general de ellos, considerando que el periodo próximo al que me limito es el año de 1910.

Un “lunario” que tuvo a la mano Mendizábal, publicado en Puebla en 1759 por D. Juan Antonio de Rivilla y Barrientos, presbítero y celador de la Catedral de Puebla⁵, da la pauta de aparición de este tipo de publicaciones relacionadas con la medición del tiempo, aunque como el título indica “séptimo”, no sabemos si se refiere al tipo de cálculo o al número de lunario que salía a la luz. Lo que es un hecho es que contenía únicamente cálculos astronómicos y el calendario. El último título del que tenemos noticia es un calendario ilustrado, de Isidro M. Romero e Hijo que salió en 1903, en el cual el fotograbado ocupa un lugar sobresaliente. Entre estos dos ejemplares que revelan la evolución que sufrió el concepto calendario en el tránsito de 150 años media una diversidad de materiales que circularon de acuerdo con la aceptación del público poblano.

En principio se pueden identificar 38 nombres de editores que se dedicaron a los calendarios, de los cuales solamente siete lo hicieron en la

⁴ BNAH, Colección Lafragua de la BNM, Biblioteca Orozco y Berra, BIM. Es posible que la Biblioteca Lafragua de la Universidad de Puebla contenga un importante acervo de calendarios, pero es el caso que por el momento se halla cerrada por reestructuración.

⁵ *Lunario séptimo regulado al meridiano de Puebla, ciudad de los Ángeles, en la América Septentrional, con las elecciones de medicina, náutica y agricultura, y anuncio de temporales para el año del señor de 1759. Tercero después del bisiestro. Por el Dr. Juan Antonio de Rivilla Barrientos, Presbítero y zelador de la Santa Iglesia Catedral de dicha ciudad. Con licencia de los superiores en la Puebla, en la Imprenta de Cristóval Tadeo de Ortega, Portal de las Flores.*

ciudad de México y únicamente publicaron un título cada uno⁶. En contraste, hubo 31 editores de Puebla, 13 de ellos propietarios también de su imprenta. Algunos de ellos publicaron varios títulos: Tomás F. Neve cinco, Isidro Romero tres, y Juan N. del Valle dos. La revisión del material arroja un total de 28 establecimientos tipográficos en la ciudad de Puebla, que se dedicaron en algún momento a producir calendarios.

Una forma de calcular la aceptación que tuvieron esas publicaciones es con base en el número de años en que salieron los títulos, independientemente de que sean discontinuos. De acuerdo con este criterio podemos señalar en principio cinco grupos, que conforme avance la investigación, necesariamente se irán modificando. En el primer grupo se ubican cuatro títulos, de los cuales no se pudo datar su inicio y conclusión porque sólo han llegado a nuestras manos ejemplares aislados. Entre éstos se encuentran los más antiguos como el de Felipe Zúñiga y Ontiveros y su sucesor José Mariano.

En el segundo grupo se colocan aquellos calendarios que únicamente publicaron entre uno y cinco números; es el más grande, pues asciende a la cifra de 41, es decir, poco más del 73% del total. Entre ellos se encuentran cuatro guías de forasteros que no se editaban con mayor frecuencia, ya que la información de la ciudad, al menos en ese entonces, no cambiaba considerablemente en un año. En este grupo se observa también que 12 títulos corresponden a la primera mitad del siglo XIX y 29 a la segunda y a principios del XX. Es posible que la cortedad de vida de esas publicaciones respondiera a la expansión de las empresas editoriales y al incremento de la competencia en el mercado, aunque, sin duda, hay que considerar la turbulencia política y económica que vivió el país durante las décadas posteriores a la Independencia como un factor que debió haber influido para su breve existencia.

⁶ Los editores en México fueron Felipe y José Mariano Zúñiga y Ontiveros, Mariano Galván Rivera, Cornelio Sebring asociado con West, Ignacio Cumplido, Abraham López y Narciso Bassols.

En el tercer grupo encontramos los calendarios que sacaron entre seis y diez números y que solamente fueron dos títulos; en el cuarto están seis que duraron entre once y veinte años, por lo que sin duda se pueden considerar exitosos; entre ellos el famoso *Calendario de Galván* que se imprimió durante 16 años, paralelo al de México, desde 1827 a 1842. La fecha de su desaparición en Puebla se asocia directamente con la quiebra financiera que sufrió del editor el año precedente.⁷ El *calendario de Juan N. del Valle* con 12 años (1842-1853); con 16 el de *La Purísima Concepción* (1892-1897) y el de Mendizábal con 18 años de presencia (1888-1910)

En el quinto grupo se ubican los calendarios más longevos, que ascienden a cinco: el *Angelopolitano* de J. M. Rivera que duró 27 años en circulación, (1862-1882), el del *Sagrado Corazón de María* (1870-1882) y el *Crítico-chistoso de “El perrito”* que duraron 21 años (1880-1901); finalmente, el de *José María Osorio*, que hasta 1907 llevaba el record con 44 años de existencia (1873-1907) A diferencia de los grupos anteriores que reúnen títulos que circularon en muy diferentes periodos, en este último las publicaciones son contemporáneas, todas salieron a luz en la última parte del siglo XIX, longevidad en la que pudo haber incidido la famosa “paz porfiriana”.

A pesar de la variedad de títulos, el formato “portátil” o “de bolsillo”, como era el concepto original, se mantuvo casi invariable. Los más antiguos que son los más pequeñitos, median en promedio 7 x 9 cm., con un máximo de 32 páginas, aunque hay posteriores de apenas 21; el más grande no pasó de 10 x 15.5 cm, con 176 páginas, esto es, eran todavía “manuables”. Los intermedios mantuvieron un tamaño entre 8 y 9 x 13 a 15 cm., con una media de 48 a 72 páginas.

⁷ Véase Laura Solares Robles, “Prosperidad y quiebra. Una vivencia constante en la vida de Mariano Galván”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora/UNAM, 2001, pp. 109-121. De la misma autora, “La aventura editorial de Mariano Galván Rivera. Un empresario del siglo XIX” en Laura Suárez de la Torre, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México 1830-1855*, México, Instituto Mora/UNAM, 2003, pp. 27-99, en particular pp. 64-68, que se refiere a los calendarios.

Todos los títulos que he revisado están encuadernados en rústica con forros de papel, cosidos y su presentación es la más sencilla, con poco uso de viñetas, siendo quizá la única excepción el calendario de Cumplido para 1846, que seguía el modelo del editado en México. En general, son pocas las ilustraciones que contienen; las que hay son grabados y litografías, predominando imágenes religiosas o de monumentos históricos, particularmente la catedral de Puebla. Una excepción es el calendario de Abraham López, que ofrece imágenes relativas a la guerra México-Estados Unidos. En los más cercanos al fin del XIX se hallan fotograbados. Seguramente, la sencillez del formato y su presentación respondía a la necesidad de mantener barato el precio del ejemplar, que hasta donde sabemos, a mediados de aquel siglo era de un real, en los años noventa tres centavos y, a principios del siglo XX alcanzó hasta 15 centavos. Estos últimos se caracterizan por la inclusión de numerosos anuncios comerciales que seguramente contribuyeron a financiar la publicación.

Casi nunca se menciona el tiraje, sin embargo, hallamos un dato en el *Calendario manual religioso para 1891, dedicado a las señoritas*⁸, en que se señala que el tiraje era de 8,000 ejemplares, con lo cual podemos suponer que pudo haber sido el promedio de producción para los otros calendaristas.

Pocos títulos indican claramente el sector de la población al que se dirigen, como el que acabamos de mencionar, especial para las señoritas; otro para los jóvenes y otro para los niños. Hay otros que aluden a un interés particular, por ejemplo: el gastronómico, el mercantil, el jocoso, el crítico chistoso y el histórico, entre otros. Varios adoptan el nombre del editor, pero predominan los “religiosos”, ya sea porque emplean la palabra tal cual en su título, porque apelan a una personalidad de la jerarquía católica, o porque se asocian a una advocación particular, como San José,

⁸ *Segundo calendario manual religioso para 1891, dedicado a las señoritas. Arreglado al meridiano de Puebla*, Puebla, Imprenta de Isidro Romero, Calle del Sagrario n. 6, 1891, 62, [2] p.

el Corazón de Jesús, la Inmaculada Concepción o la virgen de Guadalupe, por mencionar sólo algunas.

En cuanto a su contenido, invariablemente aparecen: notas cronológicas, cómputo eclesiástico, fiestas movibles, témporas, eclipses y el calendario lunar. Elementos que se incrementan en ocasiones con el santoral en orden onomástico, los jubileos circulares para Puebla y sus alrededores, funciones de las iglesias, directorios de autoridades civiles y religiosas, ferias anuales, derroteros e información sobre correos, y los más recientes sobre telégrafos, ferrocarriles urbanos y foráneos y teléfonos. Algunos incluyen tablas varias como la de réditos anuales, pesas y medidas, precios, sueldos y salarios, y uno de 1885, las tablas de cambios sobre París.

Dependiendo de la línea del editor, en los calendarios y almanaques se incluye una gran variedad de tópicos: pensamientos, anécdotas, máximas y sentencias, adivinanzas, juegos y epigramas es frecuente encontrarlos entreverados en las páginas para cerrar un mes del calendario o para llenar un espacio vacío.

Se encuentran gran cantidad de inserciones relativas al aspecto religioso, por ejemplo, el procedimiento para la elección del papa y de los arzobispos y obispos, sus biografías, sus encíclicas, breves, bulas y decretos. Abundan las vidas de santos y de los apóstoles, pasajes de la historia sagrada, historia de las festividades sagradas, sermones, pastorelas y un sinnúmero de oraciones, plegarias, jaculatorias, cantos, himnos y meditaciones. Asimismo se hallan reflexiones morales sobre el papel de los miembros de la familia y las lecciones de vida cristiana tomadas del padre Ripalda.

Es notorio el interés de los editores por promover la literatura; por ello se encuentran en sus calendarios novelitas, cuentos, leyendas, diarios de viaje, poemas amorosos, religiosos y jocosos. En los más antiguos, en general, no se da el crédito a los autores, pero en la medida en que avanzan los años aparecen sus siglas o su nombre; entre ellos figuran

algunos extranjeros. También se pretende educar a los lectores en materia de urbanidad, al incluir en sus ediciones capítulos del manual de Carreño.

Poco se puede encontrar en lo relativo a la divulgación de la ciencia; el mayor interés, cuando se tiene, se centra en temas tales como los cometas, las auroras boreales y los aerolitos, las dimensiones, movimientos y edad de la Tierra, los terremotos y los volcanes. Eventualmente se abordan explicaciones sobre cuestiones de anatomía humana e incluso de epidemias. Asimismo se da cuenta de algunos inventos como el telégrafo, la cola marina y la fotografía.

Hay, en cambio, una tendencia a dar a conocer algunos aspectos de geografía e historia universales, sobre todo lo relacionado con los lugares santos, aunque también, por ejemplo, sobre la historia de Roma, los reyes de España de 1521 a 1821, la recepción de Cristóbal Colón en Barcelona, Historia de Alejandro el Grande y el suplicio de María Estuardo, de estadística, como la relación de las cien ciudades más grandes del mundo, o bien sobre las costumbres de otros pueblos, como las de los rusos, o las prácticas funerarias en diferentes naciones.

En relación con el país, los calendaristas se preocuparon por incluir noticias sobre los principales ríos y alturas, y artículos que daban cuenta de otros estados de la república, como Zacatecas, Guanajuato, Veracruz, y particularmente, de la ciudad de México, destacando su importancia productiva y sus monumentos históricos. En materia de Historia de México, se hallan artículos que dan cuenta de los emperadores mexicas, de la historia del descubrimiento y de la conquista española, de la prensa mexicana, de la expulsión de los jesuitas, de la entrada triunfante de Iturbide, de los acontecimientos de la guerra entre México y Estados Unidos y hasta la gestión del emperador Maximiliano.

Desde luego, Puebla ocupa el lugar más importante en el interés de los editores. Ellos incluyeron planos, estadísticas y descripciones del estado, distritos y partidos, así como de su capital; obispados, vicarías y curatos; sitios históricos, particularmente Cholula; monumentos históricos

como iglesias y conventos, sobre todo la Catedral, incluyendo noticias sobre las pinturas y esculturas que poseen; edificios públicos como el palacio municipal y el mercado central, y directorios profesionales y comerciales. Aparecen también notas sobre los atractivos turísticos del estado.

Aparte de esos materiales se encuentran inserciones relativas a la historia de las fundaciones de Puebla y las religiosas⁹, de la industria textil y papelera; alguna narración sobre los contraguerrilleros poblanos en 1847-1848 y de los acontecimientos ocurridos en Puebla al estallar la guerra de Reforma¹⁰. Parte sobresaliente es, sin duda, la sección de efemérides, escrita especialmente para la entidad, iniciada por algunos editores y retomada por Mendizábal; este último da cuenta desde la fundación de la ciudad de Puebla hasta que él falleció.¹¹

Existen otros temas en los cuales se podría abundar, pero la extensión de este trabajo no lo permite. Sin embargo, espero que con estos botones de muestra, con esta descripción general, el especialista pueda apreciar la importancia que, en el campo de la historia de la cultura regional, revisten las guías de forasteros y los calendarios y almanaques arreglados al meridiano de Puebla durante ese periodo.

⁹ Mendizábal publicó su *Almanaque* en México y en Puebla: 1888, 1890-1894, y de 1898 hasta 1933, año de su muerte, haciendo un total de 42 números. Incluyó en varios de ellos capítulos del tomo 2 del libro hasta entonces inédito de *Historia de la Puebla de los Ángeles* de Mariano Fernández de Echeverría y Veytia.

¹⁰ *Calendario de José María Macías para 1849 y 1857, arreglado al meridiano de Puebla*. Puebla, José María Macías, Micieses 2/Portal de las Flores, 1848 y 1856.

¹¹ El primero en incluir efemérides fue Galván en su calendario para 1829, luego Mendizábal a partir de 1888, después Benito Pacheco en su *Almanaque y Directorio general de Puebla* y, el último, el *Calendario Mercantil de Puebla*, ambos para 1896.